

ESCUELA ESPAÑOLA

REVISTA PROFESIONAL DE EDUCACION

Redacción, administración, suscripciones y consultas: Calle Mayor, 4, primer. 28013 Madrid
Teléfonos consulta: 5234660 y 5217451. Suscripciones: 5220079. Librería y pedidos: 5226764.
Redacción: 5216658. Publicidad: 5329077. Telex: (91) 5228894

ESCUELA ESPAÑOLA no hace suyas las opiniones y criterios expresados por sus colaboradores

Imprime: EDICA, S. A. Mateo Inurria, 15. Madrid
Depósito legal: M-187-1958. ISSN 0214-0721

ADMINISTRADOR UNICO: Santiago de Andrés Solana

DIRECTORA: Julia Solana

REDACTOR-JEFE: Manuel Rodríguez Martín

INFORMACION: Jaime Fernández

SECRETARÍA DE REDACCION: María Eugenia Lorduy Frutos

DOCUMENTACION: María Isabel Sánchez

PUBLICIDAD: Angel Saiz Pérez

SUSCRIPCIONES: Gerardo Saeta Hortal



¿Utopía o realidad?

El acto de imposición de la gran cruz de Alfonso X el Sabio a los promotores de la alternativa para la enseñanza pública constituyó una auténtica llamada a la reflexión sobre la dialéctica entre la utopía y la realidad aplicada a la situación educativa en nuestro país.

Los avances producidos en el terreno educativo durante la etapa democrática son innegables, pero las deficiencias y las lagunas todavía siguen siendo palpables. El optimismo, pues, por lo conseguido no debe ocultar la insatisfacción por todo lo que aún queda por lograr. En este sentido, tres son las grandes metas que se presentan como prioritarias a corto y medio plazo.

Consiguir la comprensión y el entusiasmo de los docentes para llevar a cabo el proceso de reforma parece ser el objetivo primero e imprescindible que ha de proponerse cualquier política educativa que quiera ser eficaz y coherente.

En esta línea, las palabras pronunciadas por el ministro pretenden aunar el pragmatismo con la utopía, cuando declara que en estos momentos «resulta imprescindible ir más allá de la participación para llegar hasta la implicación profunda del profesorado». Implicación que para el ministro significa el compromiso del profesorado con la mejora y transformación de la educación española.

No es fácil, como bien sabemos, alcanzar este objetivo. Las tensiones y conflictos de la primavera pasada entre el profesorado y la Administración demuestran —como recordó Gómez Llorente— que, a veces, para el gobernante es más arduo conseguir el apoyo de los docentes que legislar y allegar recursos económicos.

No obstante, y a pesar de las dificultades, el actual equipo rector de la política educativa parece decidido a lograr la implicación del profesorado en el proceso de reforma. Superadas las reivindicaciones económicas, se trabaja ahora en todo aquello que pueda elevar el prestigio profesional del profesorado.

La renovación de contenidos y de los métodos y la reestructuración del ciclo escolar constituyen la otra gran prioridad. En la consecución de este objetivo trabaja actualmente el Ministerio de Educación y Ciencia, aunque —como advierte certeramente Gómez Llorente— la fase experimental parece interminable.

Seis años de gobierno socialista no han bastado hasta ahora para definir estos aspectos pedagógicos y didácticos que tan decididamente condicionan la calidad de la enseñanza y que con tanta urgencia está demandando la sociedad, insatisfecha con el servicio que actualmente le ofrece la escuela pública.

Una nueva formación del profesorado y su permanente perfeccionamiento profesional marcarían la tercera gran meta o reto para mejorar el sistema educativo actual.

En este punto todavía no se ha pasado de la mera expresión de buenos propósitos, lo cual no deja de ser sorprendente, porque a cualquier observador no le pasa desapercibida la profunda interrelación existente entre los tres objetivos comentados.

ESCUELA ESPAÑOLA

Modernidad, crisis y educación

Basta una mirada atenta a nuestro alrededor para percibir una realidad problemática configuradora de un estado crítico para el hombre actual. Desde una perspectiva antropológica que facilite el conocimiento del hombre, principio de la educación, y plante una idealidad orientadora del proceso efectivo en que consiste la educación, se nos hace inevitable reflexionar sobre las cuestiones vitales solicitantes de nuestra consideración humana.

Estas cuestiones, generadoras de crisis, son múltiples: ingente evolución industrial, militar y política; incesantes y colosales trastornos sociales; vertiginoso desarrollo de las técnicas; el tercer mundo; la insidiosa sombra de un holocausto nuclear; rápidos cambios de formas y modelos de vida; luchas encarnizadas de ideologías diferentes; catástrofes ecológicas; ausencia de valores, etc.

Pero un estado de crisis significa encontrarse ante una encrucijada, no ante un callejón sin salida; y no debemos olvidar que ser críticos es también ser «crítico», esto es, toda crítica obliga al hombre a ponerse en marcha.

Una crisis diferente.

Las características de nuestra sociedad actual nos hacen testigos de una forma vivencial de la crisis diferente. En nuestros días, la crisis afecta a todos. Como acertadamente señala el profesor Ferrater Mora, podríamos destacar tres momentos esenciales de crisis dentro de la crisis moderna: la crisis de los «pocos», la crisis de los «muchos» y la crisis de los «todos».

Ninguna crisis resulta explicable exclusivamente por «puros factores reales» (economía, raza, geografía...) ni por motivaciones ideales. Nuestra crisis contemporánea resulta ininteligible sin el inmediato trasfondo histórico, que adiosamos en la época moderna occidental. Y ésta ha sido una serie de procesos, cada uno de los cuales ha incluido aspectos «progresivos» y aspectos «regresivos».

Y las crisis que han vivido a lo largo de su trayectoria han estado vinculadas a saber, si el repertorio de posibilidades creadas podría compensar al de las posibilidades preferidas. Traducido a términos sociales, el gran problema consiste en saber si las crisis, cada vez más frecuentes y extensas, manifestadas primero en occidente y luego en el planeta entero durante los últimos cinco siglos, podrán ser asimiladas por masas cada vez mayores de hombres.

Crisis modernista

Las crisis de los pocos (que abarcarían de los siglos XIV al XVII) se reflejaron solamente de un modo total en la mente de algunos hombres. Esto viene a significar que acontecimientos como la ascensión de



La Revolución Francesa fue una crisis fundamental, que supuso un nuevo concepto del hombre y de su entorno social.

la burguesía en el período bajomedieval —con el crecimiento de la vida ciudadana y del tráfico del comercio— y el fervor de la reforma religiosa; la búsqueda de nuevas formas de expresión («Renacimiento») y el «retorno a la antigüedad»; la separación de la noción de orden y de los órdenes del mundo medieval; el abandono de la concepción simbólico-estática del mundo o los primeros vagidos de una pura razón de Estado afectaban, evidentemente, a grandes sectores poblacionales, pero se manifestaban «críticamente» en unos pocos.

Crisis contemporánea

En los inicios del siglo XVIII ya intervenían muchas personas en el gran debate europeo. Y pasado 1700 aumentaron los que, en vez de adaptar sus vidas y sus ideas a las modificaciones que sufría la sociedad, intentaron adaptar ésta a las propias ideas o —mejor aún— a las propias actitudes. Fueron principalmente las clases ascendentes: los «burgueses». Cualquiera que fuese la Filosofía sustentada, los hombres del XVIII partieron de este mundo. Podían pensar de éste lo que quisieran, pero se sintieron en el residentes y no peregrinos. La razón de los «pocos» no bastó para los «muchos»; éstos tuvieron que desilgarla para encajar en ella la nueva realidad social ascendente.

Mas la razón de los «muchos» resultó a su vez insufi-

ciente para los «todos». Y la crisis de los «todos» es nuestra crisis. En ella están incluidos los problemas de la sociedad contemporánea.

Diversos fenómenos históricos han marcado el tránsito de la segunda a la tercera de las crisis mencionadas: la revolución americana, con la formación de un nuevo Estado económicamente poderoso; la revolución francesa, con las guerras napoleónicas y los cambios que introdujeron en Europa y América; la revolución industrial inglesa, con la creciente separación de la técnica a la producción industrial en masa; el nacionalismo, con la participación en las luchas entre los Estados nacionales europeos de grandes masas de hombres; la expansión colonial, a través de la cual las potencias europeas sentaron pie en casi todos los litorales del globo.

En el siglo XIX la esperanza no estaba basada en la declaración de que todos los hombres hacen iguales, sino que consistía en ser un hombre de modos concretos se avanzaba en la pretendida igualdad social. En el XIX, «ciencia» y «sociedad» fueron términos de la misma ecuación; por primera vez se sometieron los problemas sociales a un tratamiento científico, calado frecuentemente sobre el modelo de las ciencias naturales, pero al que faltaba todavía el cúmulo de técnicas que nuestro siglo ha proporcionado con profusión.

Conociendo el riesgo de toda simplificación, podemos decir que tres temas han resultado básicos en la evolución del hombre moderno: la técnica, la organización de la sociedad y la trascendencia. Ninguna descripción de la crisis humana actual puede soslayar ni el aspecto material, ni el social, ni el individual.

En el contexto teórico de la formación mental y humana de nuestros días se hace indispensable la consideración de tres preocupaciones básicas, que se desprenden del análisis detenido de lo que es necesario al hombre actual: la democratización de la sociedad y de las instituciones escolares, la eficacia de la enseñanza y la especial atención a la dignidad humana.

Antonio Bernal Guerrero

Universidad de Sevilla
Departamento de Teoría e Historia de la Educación.